

La criatura

Arturo Aguilar Hernández

Con una mano se tapaban la cara y con la otra se agarraban uno de otro, avanzaban contra las enormes gotas que caían como bombas, sus botas se hundían en el lodo. Llovía tanto que parecía reconfigurarse el mundo. Llegaron a un enorme huizache; ahí, quietos, asustados, temblorosos y mojados esperaron el final del diluvio. El más chico de ellos temía que el agua que llegaba a sus chamorros lo arrastrara y ahogara. El hermano mayor lo calmaba, aunque su valentía encubría mucho miedo, porque no recordaba la última vez que había visto llover tanto.

Cuando el sol disolvió las nubes, alegres salieron de su escondite a buscar nuevas presas, pero por más vueltas que dieron no sabían su propia ubicación. Al principio estaban calmados y lo veían como una nueva fase de la aventura. La alarma se activó cuando tampoco encontraban el camino de vuelta. A pesar de que las resorteras les daban seguridad no podían evitar empuñarlas temblando y fallar cada tiro que lanzaban a las pintas o conejos que veían. Sin notarlo subieron el cerro que parecía no enseñar su cúspide y se dieron cuenta de algo que los intrigó: conforme avanzaban reinaba el silencio y no se veían animales. Llegaron a un punto donde no se escuchaban más que sus respiraciones. Ahí aceptaron estar perdidos y comenzó la verdadera desesperación. Continuaron subiendo el cerro pensando que desde lo más elevado verían su casa o mínimo el camino de regreso.

Cuando la oscuridad comenzó a amenazar los últimos rayos del sol el hermano mayor estaba temblando de miedo. En su cabeza solo se repetía una y otra vez una vieja leyenda conocida en el pueblo, que a su hermano mayor le encantaba contar, sobre unos coyotes que hacía miles de años bajaban desde ese cerro para llevar personas de la aldea y devorarlas en sus cuevas. A pesar de que sabía que solo era una leyenda no podía dejar de imaginar a esos animales en todos lados. Aceleró el paso con su hermano de la mano, pero por más que caminaron no dieron con el fin del cerro y estaban muy cansados como para seguir. Su hermano le había contado la historia no hacía más de un mes y le dijo que él sí tenía miedo de ir para allá, pero él — el de en medio —, deseoso de vencer al mayor, que tenía catorce años (solo uno de ventaja sobre él), quiso probar que era más valiente y aprovechando que ese día sus papás trabajaban, su hermano mayor estaba en la secundaria y él no tenía clase y debía cuidar a su hermano que tampoco había ido a la escue-

la, emprendió la gesta que, lejos de darle satisfacción y orgullo, lo tenía sumamente arrepentido.

Vivían en un rancho a las afueras del municipio, tenían tres perros grandes y fuertes, pero ninguno quiso continuar cuando comenzó a llover y los tres regresaron, desobedeciendo a los pequeños amos. No habían caminado ni veinte minutos después de haber pasado la zona mezquitera que cubría las faldas del cerro del Coyote (el nombre quizá venía de la leyenda), cuando un conejo blanco los distrajo del camino. Lo persiguieron y así perdieron el rumbo. Cuando cayó el cielo hecho agua estaban mucho más perdidos de lo que deseaban aceptar. A Román, que era el hermano mediano, no le terminaba de cuadrar cómo había pasado eso, aunque su mayor preocupación estaba en volver a casa y sabía que no sería fácil. Sin que se dieran cuenta oscureció y Ramiro comenzó a llorar a cántaros. Román, molesto, lo jaloneó y antes de regañarlo vio no muy lejos una tenue luz que se volvió esperanza. Fueron tras ella pasando ramas, piedras, nopales, huizaches, mezquites, espinas hasta que llegaron al lugar de donde salía esa luz solo para, tristes, ver que no era más que el reflejo de la luna sobre una piedra brillante. Se regresaron dispuestos a dormir donde mejor les pareciera cuando de repente vieron cerca de la roca que reflejaba la luna una especie de pequeña cueva. A pesar del miedo entraron porque estaba seco y había mucha yerba que sí podría encender. Cuando se calentaban al calor de la fogata, Román daba gracias de haber tomado el encendedor y haber puesto atención cuando su padre le enseñó a prender fuego.

—No te preocupes —dijo, mientras le alborotaba el pelo a Ramiro—, mañana temprano daremos bien fácil con el camino, además, conociendo a nuestro apá ya ha de estar por hallarnos y nos va a dar unos buenos trancazos.

Ambos rieron, pero la zozobra no se iba. Empeoró cuando escucharon ruidos en lo profundo de la cueva. No la habían explorado por miedo y porque dieron por sentado que no había nada. Se levantaron de golpe y apuntaron con sus resorteras mientras,

despacio, avanzaban con sus bolsas repletas de piedras redondas que fungían como munición. Justo cuando iban a tirar...

—¡Qué es eso! —gritó Román, asustado.

—¡No sé! —exclamó Ramiro, detrás de su hermano.

Era un ser vivo que tranquila y curiosamente se acercaba a ellos. Ambos estaban atónitos porque era algo que jamás habían visto, algo que también los miraba con pasmo y cierto aire de apego. Mientras caminaba volteaba hacia atrás donde Ramiro y Román no se atrevieron a revisar. Cuando estaba frente a ellos les gruñó de una forma que jamás habían escuchado, pero a pesar de eso no tenían miedo. No desprendía vibra terrorífica ni sentían peligro de estar con él, aunque Román iba con cuidado.

—¿Qué es? —preguntó Ramiro con una sonrisa mientras acariciaba la cabeza del animal, que respondía.

—¡Ponte listo, no te vaya a picar con esos cuernos!

—¿Cuáles cuernos? Son alas, además están muy pequeñas y no se ven peligrosas.

—¡Cuáles alas! ¡Qué no ves los picotes que le salen en la frente!

—¿Qué tienes, hermano? ¿Cuáles cuernos, si tiene la cabeza lisa? —dijo Ramiro mientras lo acariciaba como si fuera un perro.

Román lo jaló temiendo un ataque, pero no pasó nada. El animal solo giró la cabeza a la derecha y los miró.

—Mira sus pies, parecen como de dinosaurio. Tres dedos largos delante y uno corto por atrás, y están bien filosas sus uñas.

—Yo no veo uñas —dijo Ramiro mientras se soltaba de él—. Es como una enorme uña, nada más, ¿de dónde sacas que cuatro?

Román estaba confundido sobre por qué él veía cuernos en el animal, pero su hermano no, e igual pensaba por qué él no veía alas y su hermano sí, o eso de las uñas que tampoco veían igual. Comenzó a preguntarse, más allá de qué era la cosa que veía, el

porque de que miraran cosas distintas. Decidió averiguar qué veía su hermano y luego compararlo con lo que veía él para saber si alguno estaba mal de la vista o se había dado un golpe. Hizo que lo describiera.

—¿Estás ciego, hermano? Tiene alas, nada más que ahorita están dobladas porque a lo mejor no sabe volar por chiquito; tiene pequeños dientitos y la boca picuda; no tiene cuernos y es como de color azul; tiene una larga cola con plumas azules al final, sus patas tienen solo una gran uña cada una y sus ojos son todos negros.

—¡Estás mintiendo! —exclamó, asustando a la criatura al levantarse de golpe—. Tiene enormes cuernos en la cabeza; sus patas son grandes y tiene cuatro uñas en total; tiene dos colas largas y escamosas; en las partes dobles de las piernas tiene más picos y toda la espalda tiene pequeñas espinas, ¡de dónde sacas que tiene alas!

—Claro que las tiene —dijo Ramiro, apuntando al animal—; es más, mira: ahorita mismo las está abriendo. ¿Ves que bosteza?

Así pasaron largo rato, debatiendo sobre lo que veían, y concluyeron que ninguno de los dos veía lo mismo y que ni las acciones del animal eran las mismas: mientras Ramiro lo veía caminar, Román lo veía acostado. Este lo achacó al hambre, a la desesperación, al cansancio, a todo, pero en el fondo no tenía idea de qué demonios era eso que no podían atinar y cuyo parecido en nada era como los animales que conocían, y vaya que sabían de animales. Retomó la posibilidad de que fuera un dinosaurio que llevaba millones de años en ese lugar sin que nadie antes lo hubiera visto. En lo único que los dos estaban de acuerdo era en que era un bebé y eso a Román le heló la sangre porque donde hay un bebé hay una mamá y temía que estuviera en el fondo de la cueva o estuviera por llegar. Fantasaba con monstruos tan terribles como inimaginables. Ramiro no tenía miedo, decía que estaba jugando con esa cosa, sin embargo, su hermano solo veía que él aventaba un palito, pero la criatura no iba por él mientras que Ramiro decía que sí. A este nada le intrigaba ni le

preocupaba: decía que todo estaría bien y se comenzó a encariñar con esa criatura que estaba a nada de llevar a su casa para adoptar. Román no podía dejar de pensar en la criatura y en la leyenda, cuando escuchaba aullidos de coyotes, estridulaciones de cigarras, grillos y chapulines, cantos de pintas y lechuzas y más sonidos que se escuchan en el monte sin saber bien a bien de dónde salen. Se quedaron dormidos tiritando con sus ropas mojadas.

El trinar de los pájaros, los primeros rayos del sol, el frío que entraba a la cueva y varios gritos que se oían a lo lejos despertaron a Román que rápido levantó a su hermano, quien lo primero que hizo fue buscar a su nuevo acompañante, pero no estaba. Salieron de la cueva y lo descubrieron en la entrada. Román lo veía observar el cielo, como esperando algo, mientras que Ramiro lo miraba observar al frente escuchando los lejanos gritos. Hubo una exclamación en particular que hizo que los dos hermanos voltearan al mismo punto, olvidando todo por un momento, y corrieran hacia allá, dejando a la criatura detrás. Unos pasos después Ramiro hizo la seña a su nuevo amigo para que lo siguiera. Sin pensar en el camino de vuelta solo corrieron y después de atravesar muchos árboles grandes y frondosos y rocas voluminosas y altas llegaron a un punto que sí conocían. La voz seguía gritando sus nombres y cuando la escucharon con nitidez a lo lejos pudieron divisar la figura de su hermano mayor. Corrieron más y más hasta que llegaron a él. Lo abrazaron fuertemente. Ramiro lloró y Román, entre amargas lágrimas, solo pedía disculpas por haberse llevado a su hermano sin permiso.

—¡Pos dónde estaban! —los interrogó, molesto— ¡Mis papás están bien enojados buscándolos! ¡Mi mamá estuvo llorando toda la noche mientras en el monte oscuro intentábamos hallarlos! ¡Qué estaban pensando!

—Efraín —dijo Ramiro, sollozando—, nos perdimos, llovía y ya no pudimos llegar. Teníamos mucho miedo, pero mira: encontramos un nuevo miembro de nuestra casa.

Voltearon de un lado a otro y no vieron nada. Ramiro se regresó, pero por más vueltas que dio en compañía de sus hermanos no lo encontró.

—¿Qué estamos buscando, Román?

—No tengo idea. No sé qué sea.

Efraín frunció el ceño y, justo cuando había decidido llevarlos a casa, escuchó unos ruidos venidos de un camino rumbo a las faldas del cerro del Coyote. En ese momento Efraín los detuvo y les dijo, tajante y aterrorizado, que para allá estaba prohibido cruzar. Ramiro se entristeció cuando a lo lejos, más allá de los árboles, en una enorme roca larga y ancha, iba caminando la silueta de una criatura; que no se alcanzaba a distinguir porque tenía el sol detrás suyo y los tres hermanos se encandilaban al tratar de verla. Ramiro y Román vieron irse a su compañero de la víspera; el menor escuchó su último gruñido y lo interpretó como su despedida mientras desaparecía a lo lejos.

— Es un perro — dijo Efraín—. Mira, ¿ves cómo mueve la cola? Hasta saca la lengua, se ve hasta bien peludo. Tiene dueño, es lo más seguro, algún loco que se anima a venir a donde no viene nadie. Además, no creo que mis papás quieran porque están molestos y preocupados. Ya vámonos.

Por el camino de regreso Ramiro seguía firme en que no era un perro, en que Efraín como Román estaban ciegos, que era algo que nunca habían visto y que los cuidó. Efraín le seguía el juego porque él estaba seguro de que vio un perro. Román, cabizbajo, no dejaba de pensar en los últimos eventos y estaba a punto de darle la razón a su hermano mayor y al hecho de que ellos no veían con claridad por todo lo vivido hasta que, sin decirle a nadie, miró, estupefacto, toda una hilera de huellas que no eran de perro en el piso aún lodoso. Huellas que mostraban largos dedos y afiladas uñas, cuatro en total: tres adelante, una atrás.

